

tes. El arzobispo de Turín, monseñor Franzoni, envió una circular prescribiendo á los individuos del clero que no aceptasen la jurisdicción de ninguna justicia civil. El gobierno ordenó el secuestro de la circular, vió en ella una provocación á la desobediencia á las leyes, mandó procesar al arzobispo, lo hizo prender y lo tuvo encerrado en la ciudadela de Turín. El prelado no salió de allí sino para ser juzgado por los mismos jueces cuya competencia negaba, y fué condenado á un mes de prisión. Los católicos contestaron á esos rigores con demostraciones públicas en favor del arzobispo; le trataron de confesor de la fe; de Nápoles, de Lyon y de otros puntos le llegaron cruces pectorales, anillos, báculos de honor, mensajes y adhesiones. Aquellos homenajes tenían su reverso en el lenguaje cada vez más hostil de la prensa democrática; abrióse una suscripción para erigir en una de las plazas de Turín un monumento en conmemoración de la ley del *Fuero*; el monumento se levantó más tarde, y es el que adorna la plaza de Saboya.

Las cóleras empezaban á apaciguarse cuando surgió un incidente que las reanimó. A últimos de julio de 1850, uno de los ministros que habían concurrido á la ley del *Fuero*, el Sr. Santa Rosa, cayó enfermo, tan enfermo que pronto estuvo en peligro de muerte. Era un cristiano sincero, momentáneamente separado de la Iglesia por los intereses de la política, sin ninguna alteración fundamental de sus creencias ó de su fe. A la hora de los últimos sacramentos, la autoridad eclesiástica exigió la retractación de una ley juzgada atentatoria á los privilegios del clero. El enfermo se negó. Se parlamentó mucho, mientras el pueblo de Turín seguía con apasionado interés el doloroso conflicto, pronunciándose abiertamente en favor del moribundo. El señor de Santa Rosa expiró, dejando á su familia bajo el doble golpe de su pérdida y de la ansiedad por su salvación. Las mismas negociaciones que habían turbado los últimos momentos del enfermo se renovaron para los funerales. Por último, el pobre cadáver fué llevado á la iglesia en medio de un gentío más irritado que recogido. El gobierno creyó oportuno dar una satisfacción al sentimiento de reprobación de la multitud. La víctima elegida fué otra vez el arzobispo; éste fué encerrado en Fenestrelle, desterrado después del reino, y se retiró á Lyon.

Tal fué el primer acto de la lucha con Roma. La animosidad, sin embargo, no fué llevada al extremo de no dar lugar en lo futuro á ninguna tentativa de avenencia. Los ministros piemonteses tenían interés en graduar su marcha y en evitar toda violencia ruidosa. El Padre Santo se mostraba más desconfiado que hostil, dispuesto á la benevolencia respecto á las personas, hasta preparado á ciertos sacrificios, con la condición de que los derechos primordiales de la Iglesia fuesen respetados, las concesiones lo fuesen de hecho y una actitud general mejor atestiguase la sinceridad del Piemonte.

Desde 1850 hasta 1852 enviáronse numerosos mensajeros de Turín, tales como el caballero Sauli, el señor Pinelli, el marqués de Spínola y el caballero de Sambuy, que fué investido de poderes oficiales y parece haber entablado negociaciones más serias que las intentadas por sus antecesores.

Fuesen cuales fueren los enviados, hubo varias cau-

sas generales de mal éxito que pesaron sobre todas las negociaciones. El gabinete sardo invocaba el Concordato francés y pedía iguales concesiones, como si el Piemonte hubiera sido igual á Francia y como si las recientes agitaciones italianas fuesen comparables con la revolución de 1789. Mientras el gobierno de Turín reclamaba una nueva circunscripción de las diócesis, la supresión de ciertos obispados y la secularización de ciertas órdenes monásticas, la prensa sarda no cejaba en su sistema de denigración ó de ataques. Además, en la curia romana dominaba cada vez más la idea de que el gobierno del rey únicamente se proponía provocar al Padre Santo á negativas, publicarlas ruidosamente, tomar á Italia por testigo de la obstinación del Pontífice y obrar luego sólo para el mayor provecho de su popularidad ó de su ambición. Este juicio era tan exacto como perspicaz respecto á algunos hombres de Estado piemonteses. Una ley sobre el matrimonio civil, presentada durante las negociaciones con Roma y á pesar de las promesas hechas por Pío IX, confirmó esa opinión. Justo es consignar que el Parlamento no se asoció á las miras del ministerio, pues el proyecto, votado por los diputados, fué desechado por el Senado y el gobierno no lo volvió á presentar.

De este modo se llegó al año de 1852. El momento era decisivo para el Piemonte. Éste había empeñado la lucha sordamente con el Austria y abiertamente con Roma. Habíase presentado á los ojos de Europa como la verdadera potencia iniciadora de Italia, y á los ojos de la misma Italia como el libertador futuro. Así iniciada la empresa, ¿el Piemonte se detendría ó, con un redoblamiento de audacia, llevaría las cosas al extremo? Y si á tal se atrevía, ¿dónde estaba el hombre dotado de fuerzas bastantes para proseguir y coronar la obra?

El caballero De Azeglio era á la vez superior é inferior á tan grande empresa.

Superior, porque las empresas que la nueva política iba á exigir más que nunca asustaban á su rectitud. Aunque acentuada bajo su ministerio, la guerra contra Roma le tenía alarmado y no era difícil adivinar que por aquel camino había llegado á un extremo del cual no pasaría. Fielísimo en el fondo á las doctrinas de conservación social, le repugnaba aliarse en el Parlamento con el centro izquierda y con la izquierda, condición necesaria para una evolución política más resuelta. Temía mucho á la demagogia y, sobre todo, aborrecía la mentira, y presentía que para fundar la Italia piemontesa, habría necesidad de mentir mucho.

Superior á la obra por sus escrúpulos, Máximo de Azeglio le era muy inferior por el genio. No tenía ardor para el trabajo, ni constancia en las decisiones, ni esa obstinada pasión del poder que, á través de las repugnancias y de los obstáculos, sostiene á los verdaderos ambiciosos. No había adivinado la complicidad futura de Luis Napoleón, que le inspiraba entonces más desdén que confianza. Las observaciones de las potencias le hubiesen asustado hasta la consternación ó irritado hasta peligrosas cóleras. Más *dilettante* que hombre de Estado, más acostumbrado á dejarse llevar por la fortuna que á vencerla, hubiese abandonado veinte veces la tremenda partida que el Piemonte acabó por ganar, después de haber estado tantas veces á punto de perderla.

De Azeglio tenía conciencia de lo que constituía á la

vez su honor y su debilidad. Sucumbía bajo la carga demasiado pesada para él. Además, crecía á su lado otro hombre á quien no asustaría ninguna carga, que se apoderaría del poder como quien se apodera de un arma y sería el gran artífice de la Italia transformada.

IV

Camilo Benso, conde de Cavour, nació en Turín el 10 de agosto de 1810. Por el lado de su padre era piemontés, y de origen francés por el lado de su madre; y por su abuela paterna era oriundo de Suiza y de Saboya, de modo que el hombre á quien llamaron «el primer italiano» podía ser reivindicado por varias patrias. Su familia era de noble y antiguo origen, pero poco ilustre, aunque se vanagloriaba de contar entre sus miembros á San Francisco de Sales.

La educación de Camilo de Cavour fué la de todos los jóvenes de su clase y de su país. A la edad de diez años fué admitido en la Academia militar de Turín, donde se mostró poco estudioso, excepto para las ciencias exactas que gustaban á su inteligencia ya práctica y hábil; en cambio su espíritu era en extremo independiente, tanto que habiendo sido nombrado paje del príncipe de Carignano, consideró como una sujeción mortificante lo que otros consideraban como un honor. En el ejército, en que ingresó luego, mostró la misma disposición rebelde á toda cohibición. En 1831, trasladado de Génova al fuerte de Bard perdido en la montaña, vió en ello un castigo, y poco después pidió la licencia absoluta.

Una gran curiosidad de espíritu, convicciones liberales, pero con miras muy positivas y ya determinadas, una ambición sin objetivo, pero que no juzgaba nada superior á ella, tales eran las tendencias del joven Cavour. Los viajes son el gran recurso de la actividad sin empleo. Cavour viajó, pero sin alejarse mucho de su patria, pues su actividad física era menor que su actividad moral, y se sentía menos atraído por el espectáculo de la naturaleza que por el comercio de los hombres. Vivió largo tiempo en Ginebra, donde le ligaban antiguas tradiciones de familia y preciosas amistades; y aquella ciudad un poco fría, pero ilustrada, se amoldaba á su espíritu crítico y pensador. Recorrió varias veces Francia é Inglaterra, con tal encanto que prolongó su estancia en ellas todo el tiempo que pudo. Allí estudió y observó, no como un turista vulgar, sino como investigador tenaz; no como artista, sino como economista y hombre de Estado que hace acopio de recuerdos, notas y documentos, sin saber si tendrá ocasión de utilizarlos. En Francia buscó el trato de los hombres más ilustres. De los políticos, el que más le sedujo fué el duque de Broglie. ¡Extraña predilección la del más austero de los italianos por el más austero, el más escrupuloso y el menos dúctil de los hombres de Estado franceses! No era menos extraña su gran simpatía por la corriente de renacimiento religioso iniciada por Montalembert y su desdén por los temores ó prejuicios galicanos. En sus múltiples relaciones de la vida mundana, encontró benévolos patronatos, tan benévolos que le impulsaban á hacer de Francia su segunda patria. Pero esas preferencias no llegan hasta el abandono definitivo de su país. Su pensamiento secreto era que no

había ningún papel subalterno igual á sus esperanzas.

Cuando después de larga ausencia Cavour volvió decididamente al Piemonte, encontrése aislado, pues era demasiado sensato para los planes facciosos y demasiado liberal para no inspirar sospechas. Entre el místico Carlos Alberto y el positivo Cavour no podía haber ningún punto común: «Es uno de los hombres más peligrosos de mi reino,» solía decir de él el rey. Aplazadas sus esperanzas, Cavour se armó de paciencia, y habiendo agotado los viajes, se apasionó por la agricultura. Compró terrenos en Leri, cerca de Varceil, sin saber cómo pagarlos. Comerció con ganado lanar, perfeccionó los medios de convertir las tierras de secano en tierras



Cavour

de regadío y fué uno de los primeros que cultivaron la remolacha. No bastándole la agricultura, se dedicó simultáneamente á la industria. Nadie comprendió como él las explotaciones de ferrocarriles y sus beneficios posibles. Estudió toda clase de combinaciones nuevas, gas, fabricación de abonos químicos, bancos de descuento, etc.; al mismo tiempo especulaba con el arroz, el trigo y el maíz. En todo eso se enriqueció. No despreciaba la riqueza, pero á través de los entusiasmos de la ganancia, su pensamiento le llevaba siempre hacia la vida política. Preparóla creando en Turín asociaciones diversas que, con una media publicidad sin peligro, habían de iniciar á los hombres más ilustrados del país en la práctica de los negocios dirigidos y discutidos en común: tal era la *Sociedad del whist*, imitación de los clubs ingleses; tal era también la *Sociedad agraria*. Estas asociaciones, aunque algo sospechosas, eran sin embargo toleradas. En 1817, al aflojarse las trabas, Cavour se aprovechó de ello para fundar con algunos amigos el periódico *Il Risorgimento*, órgano de las reivindicaciones pacíficas, destinado á ocupar un justo medio entre los órganos ministeriales y la turbulenta *Concordia*. Tal era Cavour en vísperas de la revolución de 1848. Había adquirido, no la popularidad, sino la notoriedad que la prepara. Era uno de esos hombres que oficialmente no son nada, pero cuya influencia y cuya mano se encuentran en todas partes.

La revolución italiana de 1848 desconcertó mucho á

Cavour. Le trastornó en sus especulaciones, y afectaba además actitudes violentas y agresivas que le asustaban. Las provocaciones contra el Austria le parecían tan locas como peligrosas. El poder le pasaba por encima, sin que él entrase en ninguna combinación ministerial; ni siquiera fué elegido diputado: razón para que juzgase malo todo lo que se hacía sin su concurso. Hasta junio de 1848 no fué elegido, pero esta vez lo fué por tres circunscripciones, las de Monforte y Cigliano y el primer colegio de Turín, que representó hasta su muerte. En la Cámara, su aptitud para la gobernación pública se afirmó de tal manera que, una vez restablecido el orden, se encontró naturalmente designado para uno de los ministerios. En octubre de 1850 entró en el gabinete De Azeglio como ministro de Agricultura, Comercio y Marina. Se dijo que el rey lo había llamado á sus consejos con cierta repugnancia. «Tenedlo bien entendido, señores, dijo á sus ministros; ese os quitará las carteras á todos.» De Azeglio lo sabía, pero no estaba más que medianamente dispuesto á defender la suya.

Todo el mundo conocía la habilidad de Cavour. Una vez ministro, excedió á las esperanzas de sus amigos y á las aprensiones de sus adversarios. Pocos meses después de su entrada en el gabinete, De Azeglio escribía acerca de su nuevo colega: «Cada día estoy más satisfecho de la adquisición de Cavour, que es un verdadero gallo inglés, especialidad que nos faltaba (1).» Varios grandes debates sobre la libertad comercial y la hacienda aumentaron aún más la reputación del nuevo ministro. Pero ya hacía sombra á sus colegas. «Tiene malas pulgas,» decía uno. «Es déspota como un diablo,» repetía otro.

Cavour, entonces en la madurez de la edad y de las fuerzas, no podía contener por más tiempo sus impulsos dominadores. Su fisonomía era ya tal como había de mostrarse en lo sucesivo. Al verlo pasearse familiarmente por las calles de Turín ó escuchar con aparente distracción los debates de la Cámara, nadie hubiera adivinado en él al futuro dueño de Italia. Su baja estatura, su miopía, su gordura precoz, cierta apariencia de descuido vulgar, todo alejaba de él á las masas. A falta de dotes atrayentes, tenía cualidades que subyugaban, gran claridad y sencillez de miras y un buen sentido que no ofuscaban ni la rutina, ni la pasión, ni el prejuicio, algo de luminoso que hacía nacer la convicción ó la imponía, prontitud en resolverse y energía en realizar lo que había resuelto. Durante aquellos largos años de aprendizaje y de espera había hecho acopio de toda clase de conocimientos, verdadera enciclopedia, á la cual acudía su memoria con un orden metódico como á un tesoro prudentemente reunido, cuidadosamente guardado y claramente rotulado. Una increíble fuerza de trabajo le permitía atender á todo, á los asuntos políticos como á los negocios privados, á los detalles lo mismo que á las generalidades, siempre con ánimo dispuesto, nunca abrumado ni aburrido. Aquella aptitud para abarcarlo todo maravillaba á sus colegas, que por él sentían tantos celos como admiración. A él poco le importaba ser admirado con tal de ser obedecido. No hubo nadie más indiferente que él á las pompas exte-

(1) Carta de Máximo de Azeglio á sir Abercromby, 31 de enero de 1851.

riores, y no había homenaje que le satisficiera del todo, si no esperaba del mismo algún provecho. No despreciaba instrumento alguno, desde los diplomáticos extranjeros hasta los conspiradores cosmopolitas, desde los más altos señores hasta los más humildes artesanos. Para las misiones especiales empleaba á sus mismos adversarios, con tal de que fuesen de reconocida competencia para el caso; así es que no dejaba perder ninguna fuerza social y adquiría además una fama de imparcialidad de que se servía á veces. No era afecto á nadie y permanecía indiferente á todo, á excepción de su persona y de su país. Aquel desprecio general lo ocultaba hábilmente bajo un aspecto bonachón, una amable sencillez y una especie de abandono, como un hombre libre de todo embarazo y sin más cuidado que el de agrandar. Si hallaba alguna resistencia, la destruía con una energía inflexible: de ahí enemistades crueles que en vano procuró aplacar más tarde. Aunque de natural absoluto, le gustaba mucho el régimen parlamentario, considerándolo como el menos embarazoso para el que sabía moverse en él. Y Cavour se movía en él con una desenvoltura perfecta, tan hábil en seducir como en intimidar y corromper, indiferente á las armas, con tal de que fuesen tales armas. En la tribuna se mostraba poco elocuente y se contentaba con hablar el lenguaje de los negocios, pero de los más considerables. Sólo más tarde, en los últimos años de su vida, la grandiosidad de los intereses y de las causas le inspiró de vez en cuando acentos llenos de emoción que asombraron á sus amigos y le asombraron á sí propio. Su concisión, algo seca de ordinario, lejos de ser para él una debilidad, le servía de fuerza. Aquella frialdad estudiada intimidaba; y contra aquella calma imperturbable, contra aquella flemma más inglesa que italiana, el desbordamiento de las arengas apasionadas parecía inoportuno ó ridículo. El Piamonte era un teatro demasiado modesto para genio tan emprendedor. En su ministerio especial, Cavour se sentía estrecho. Lo que necesitaba era la presidencia del Consejo, y sobre todo el ministerio de Negocios extranjeros, que le servía para insinuarse en la política de Europa. Ya se podía adivinar lo que él sería en esa nueva carrera, indiferente á los medios, capaz de urdir á la vez diferentes intrigas y de llevarlas á cabo sin enredar ni romper jamás un hilo, igualmente dispuesto á la sinceridad y á la mentira; prudente al extremo de parecer tímido, y manifestando de pronto sus planes con la audaz sangre fría de un jugador que cuenta con su golpe de vista, con su suerte y sobre todo con las faltas de su adversario; generoso á ratos, y pisoteándolo luego todo según su interés, lo mismo el derecho de gentes que las leyes religiosas, lo mismo las conveniencias que las costumbres, lo mismo los escrúpulos que el honor; demasiado débil para no apelar á la astucia, pero llevándola al extremo de que, merced al juego poderoso de las pasiones ó del drama, adquirirá aires de grandeza; yendo siempre adelante, aunque por vías diversas, ora procurando violentar la fortuna, ora dejándose empujar por ella, como esos buques que, según el estado del cielo, hienden las olas á fuerza de vapor ó despliegan suavemente sus velas al soplo del viento. He aquí lo que desde entonces se hubiera podido presentir. Lo difícil de adivinar era que aquel gran manejador de hombres dominaría no sólo á su rey, al

V

parlamento de su país, á su país y á Italia, sino que encontraría en el extranjero concursos que parecerían complicidades. Lo que no hubiera podido adivinarse era que de todos aquellos cómplices el más eficaz sería el que era considerado entonces como el monarca más poderoso de Europa. Lo que no hubiera podido adivinarse, era que aquel monarca agotaría por él sus recursos materiales, su crédito y su honor, y esto á pesar de todos los consejos contrarios, á pesar de todos los pronósticos, por simple recuerdo de juventud, por simple impulso de conspirador, pero de conspirador convertido en jefe de Estado.

Entre De Azeglio, que no podía subordinarse á Cavour, y Cavour, que ya no soportaba ninguna superioridad, la ruptura era inevitable. He aquí como estalló. Hacía algún tiempo que Cavour trataba de conciliar el centro izquierdo de la Cámara con el gabinete. El centro estaba personificado entonces por Rattazzi, abogado elocuente, ambicioso, muy ducho en la táctica parlamentaria. A De Azeglio le repugnaba aquella evolución y se disponía á romper para siempre con los jefes eminentes de la derecha, tales como el conde Balbo, el Sr. de Revel y el Sr. de Menabrea, todos partidarios muy sinceros del régimen constitucional, pero cuidadosos de preservarlo de todo contacto revolucionario. En esto, el presidente de la Cámara, Sr. Pinelli, murió, y Cavour quiso darle por sucesor á Rattazzi, á despecho de su jefe y de sus colegas que sostenían otra candidatura. Rattazzi fué elegido, y lo fué gracias á Cavour. Aquella elección marcaba la ruptura definitiva con la derecha é inauguraba la alianza del centro derecho con el centro izquierdo, alianza que se hizo más tarde famosa con el nombre de *Connubio*. Aunque muy resignado á una retirada próxima, De Azeglio, irritado, no quiso caer bajo el peso de una intriga. Llevó su dimisión al rey, que no la aceptó y que, dejado en libertad, reconstituyó un ministerio del que fué excluido Cavour. Este viajó durante algunos meses por Francia é Inglaterra, y durante su viaje tuvo el disgusto de oír en todas partes elogiar á De Azeglio. Hasta en el fondo de Escocia los periódicos le perseguían con el elogio de su rival. Vuelto á Turín en octubre de 1852, tomó la revancha sin combate. De Azeglio había salvado su dignidad; estaba cansado de la vida gubernamental, poco seguro del Parlamento, afanoso de libertad y preocupado por su salud quebrantada. Hizo entrega del poder al rey en el momento en que regresaba Cavour, y como para dejarlo caer en sus manos. Una postrera vacilación estuvo á punto de alejar otra vez del ambicioso la presa codiciada. Por escrúpulo, por deseo de conciliación con Roma, el rey llamó, no á Cavour, sino al noble conde César Balbo. Este significaba la rectitud en los designios, la moderación en la libertad, la paz religiosa, lo contrario de lo que reservaba el porvenir. En aquella suprema tentativa, Balbo fracasó. Más bien impuesto por las circunstancias que deseado por su príncipe, Cavour se consolidó en seguida en la plaza abandonada. Era el 4 de noviembre de 1852, fecha digna de ser anotada en la historia. De Azeglio se retiró algo despechado, pero sin dejar ver más que la alegría del rompimiento de su cadena. Deseoso de volver á su vida de artista, se refugió en su quinta de Cannero, entre el lago y las montañas, mientras Cavour se disponía á formar la Italia.

Con Cavour los planes se precisan y agrandan; los acontecimientos se desarrollan con una progresión bien ordenada que atestigua una dirección vigilante y vigorosa. El primer cuidado consistirá en crear, mediante una artificiosa y obstinada acumulación de hechos y de cargos, lo que se conocerá con el nombre de *cuestión italiana*. Una vez que esta sea del dominio público, con vendrá proclamarla solemnemente á la faz de Europa, como se hará en el congreso de París. Esto será el segundo acto. Cuando esa larga preparación haya puesto todas las cosas á punto, llegará el momento de activar la empresa y de atacar abiertamente al Austria, de hacerla atacar sobre todo por un aliado bastante poderoso para dominar, pero bastante obcecado para limitarse al papel de instrumento: este será el tercer acto del drama, el que terminará en las laderas de Solferino. Seguirá otro acto, el último, no menos sorprendente que todos los demás. Vencida el Austria, habrá que convenir á Italia que debe renunciar á sus viejas divisiones, á su antiguo espíritu municipal, á sus recuerdos de rivalidades y de gloria; habrá que llevar la habilidad al extremo de hacer que las mismas ciudades despojadas aclamen su propia abdicación; habrá que interceptar entre la Península y Europa el rumor de las resistencias ó de los murmullos, y disimular en todas partes la conquista bajo las apariencias de una jovial adhesión; en fin, habrá que establecer y aclimatar, desde el pie de los Alpes hasta los puntos extremos de la Sicilia, las pesadas cargas de las grandes monarquías modernas, tales como las quintas y las contribuciones abrumadoras. Obra inmensa que Cavour emprenderá, que le costará todo su genio y, con harta frecuencia, todo su honor, que consumirá sus fuerzas al extremo de abatirlo prematuramente bajo un exceso de trabajo inaudito, pero que será concluida después de él bajo el poderoso impulso que la seguirá.

Para crear la *cuestión italiana* se necesitaba desde luego persuadir á Europa de que todos los príncipes italianos gobernaban con una incuria increíble, pero que en cambio había al pie de los Alpes un reino tan bien dirigido que podía servir de modelo á todos los pequeños Estados, y también á los grandes. A este fin, el jefe del gabinete sardo se dedicó á modernizar su administración y á darle, no una fisonomía revolucionaria que hubiera asustado, sino aires progresistas é iniciadores. Negociáronse tratados de comercio. El principio de libertad comercial fué varias veces proclamado. Enviáronse delegados á Londres para estudiar las instituciones económicas de Inglaterra. Acordóse la construcción de numerosos ferrocarriles, y la inauguración de la línea de Turín á Génova dió lugar á una fiesta ruidosamente celebrada. Discutiéronse varios proyectos para establecer un servicio de vapores entre Génova y América. De entonces datan los primeros estudios para la perforación del monte Cenis y los primeros planes, más vagos aún, para poner la Alemania en comunicación directa con Italia, ya por el San Gotardo, ya por el Lukmanier, que parecía ofrecer entonces una vía más directa y más fácil. Tan pronto como se anunció la Exposición universal de 1855, empezaron á hacerse grandes preparativos para que el pequeño Piamonte figurase honro-